

**CELEBRACION DEL XIV CENTENARIO  
DEL III CONCILIO DE TOLEDO  
(8-V-589-26-XI-1989)**

POR

JOSÉ FERMÍN GARRALDA ARIZCUN

Los pasados días 24, 25 y 26 de noviembre, medio millar de seglares católicos españoles —con numerosas adhesiones, punta de iceberg—, se congregaron para *celebrar* la conversión a la fe católica de casi 200.000 visigodos (otros autores señalan 80.000, el 2 % de los hispanorromanos), que dominaban política y militarmente a los cuatro millones de hispanorromanos.

En dicho Concilio (crónica del abad Biclarense), el monarca Recaredo aparecía como el promotor de la conversión de los godos, efectuada por vía del convencimiento, por lo que los padres conciliares le aclamaron como «conquistador de nuevos pueblos para la Iglesia católica». Mientras tres obispos gótico-arrianos (Sunna, de Mérida; Atháloco, de la Narbonense, y Uldida, quizás de Toledo) se opusieron a la conversión, ocho obispos (de Barcelona, Valencia, Palencia, Visco, Túy, Lugo, Oporto y Tortosa) hicieron profesión de fe católica en dicho Concilio. El monarca, gran parte del clero arriano y la mayoría de las élites políticas (visigodas) hispanas abrazaron la fe de Cristo. En consecuencia, no sólo casi la totalidad de la sociedad (salvo una minoría de judíos, de arrianos —Goswintha, viuda de Leovigildo, conspiró, sin éxito, contra Recaredo—, residuos paganos y de supersticiones), sino también las estructuras políticas del Estado o poderes políticos, eran confesionalmente católicas, con prohibición —además— del proselitismo y culto público de otras religiones diferentes a la católica o universal.

El armazón intelectual y moral de las Jornadas correspondió a siete conferencias y tres breves ponencias. Su proyección espiritual se plasmó en el rezo del Santo Rosario de las antorchas que recorrió las calles de la ciudad de Toledo; en la Santa Misa de rito mozárabe del día 25, en la parroquia de Santa Eulalia, y la del día 26 en celebración de la festividad de Cristo Rey, en

la cripta del Alcázar, donde los asistentes efectuaron libre e individualmente el juramento: «*Juro defender la Unidad Católica de España y trabajar con todas mis fuerzas para su reconquista y restauración. Así lo juro, así Dios me ayude por estos Santos Evangelios que toco con mi mano.*»

Jornadas de sólida formación y oración. El rito mozárabe pudo expresar la analogía existente entre los mozárabes (cristianos en territorio dominado por los musulmanes) por un lado, y por otro aquellos que se resisten a *todo tipo* de organizada y paulatina descristianización de una sociedad todavía de mayoría católica (según las estadísticas oficiales el 90 %), es decir, a los actuales defensores de la Unidad Católica. La cripta del Alcázar pudo simbolizar, tanto el espíritu de resistencia católica, como tal, como lo molesta que es esta resistencia y defensa para algunos políticos e incluso ciertos jerarcas eclesiásticos, respectivamente. Resistencia que es una llamada a la oración y acción de aquellos que aspiran a «que de nuevo las Españas todas, sean, no sólo de derecho, *sino de hecho*, de Nuestro Señor Jesucristo», pues «el ideal de la Unidad Católica no ha pasado ya, no ha dejado de ser ya un ideal religioso y político para España, como tampoco ha pasado el ideal de conseguir para España el Reinado Social de Nuestro Señor Jesucristo» (manifiesto de las Jornadas).

Estas conclusiones, brindadas por el espíritu de la convocatoria, fueron jalonadas y precedidas por varias ponencias de elevada calidad y gran interés científico, en razón de su valor doctrinal católico, a sus referencias a la historia de España comprendida en su íntima vinculación a la Religión católica (España será católica o no será), a sus aplicaciones prácticas —políticas y aun pastorales— en base a la virtud agible de la prudencia, etc.

A continuación, y apelando a la generosidad de los oradores, nos atrevemos a resumir lo más significativo de las ponencias con el objeto, tanto de adelantar sus contenidos, como de penetrar en el armazón intelectual y espiritual de las Jornadas, dignas de cien años más de historia católica en España.

En el recibimiento, efectuado avanzada ya la noche, don José Fernando Silva señaló el carácter de las Jornadas: su convocatoria respondía a una motivación fundamentalmente religiosa, y su espíritu tenía como máxima orientación el Magisterio de Su Santidad Juan Pablo II en defensa de la Unidad Católica de España.

El día 24 fue especialmente intenso. En la presentación de las Jornadas, Rafael Gambra Ciudad realizó la gran diferencia

existente entre *celebrar* y el mero *recuerdo* del III Concilio toledano. Las Jornadas se debían de encaminar a una jubilosa *celebración* de la Unidad Católica, mientras que la actitud de numerosa parte de la jerarquía eclesiástica se limitaba a que «nadie defendería en España el Estado confesional, pero como cosa del pasado no debemos avergonzarnos de ello». El orador rechazó absolutamente esta posición, en base a que la confesionalidad del Estado es una exigencia de la fe, así como una necesidad humana política, dado que en un Estado laico no sería posible mandar ni prohibir, pues cualquiera puede apelar a su conciencia subjetiva. En un ámbito político práctico, si todavía hoy se puede gobernar en las sociedades —añadió—, es por lo que queda de lastre moral en las almas y familias. Para el orador, esta *celebración* tiene como fin específico luchar por la *Restauración de las instituciones, costumbres y leyes católicas*. Francisco José Fernández de la Cigüña —«La Unidad Católica, gloria de España»—, destacó el gran contraste existente entre los frutos católicos de santidad y heroísmo de la España inmortal anterior al siglo XVIII, y la decadencia y corrupción posterior, en cuyos siglos, la lucha que antes los españoles sostenían contra el enemigo exterior, desde el siglo XVIII se ha entablado en su interior. Por esto, se mostró amigo de las «nostalgias de días de Santos», y explicó que los sorprendentes impedimentos de ciertos eclesiásticos contra el desarrollo previsto de las Jornadas sería algo comprensible en el actual y caótico estado de cosas; a pesar de los pesares, tranquilizó al auditorio porque si Dios está con nosotros, «¿Qué nos importan palacios y catedrales?». En la apretada y densa síntesis efectuada sobre los frutos de la España católica hasta 1939, «¿cómo iba a pasar desapercibido el bautismo católico de España, en el que se justifica e ilumina su caminar histórico?». La oposición y el recelo a esta *celebración* se explica fácilmente porque, «¿cómo enanos iban a hablar a gigantes?». Siglos de santidad en febril contraste con otros siglos, más cercanos, menos luminosos y nada gloriosos. Pareció lanzarnos un reto al presente su doble afirmación de «si hermosos son los siglos en los que los obispos son santos, ¿qué será cuando lo son sus reyes?» (como Fernando III de Castilla).

La actual falta de entereza en la defensa de fe contrasta con el talante histórico español de los siglos católicos, por lo que exhortó —con una clara proyección contemporánea—, a «desconfiar de los que recelan del Santiago-matamoros»; el infiel se debe convertir desde la paz, aunque existe la obligación de defenderse de él si se presenta con la violencia. El orador presentó

como evidente la actualidad de la *celebración* del III Concilio de Toledo, pues «del polvo de esos olvidos (de la Unidad Católica) crecen los lodos de hoy». Entre los lodos de hoy, la virtud teológica de la Esperanza, pues aunque «nuestro miserable tiempo no es la hora de Dios», ésta llegará y la Unidad Católica será Reconquistada.

Miguel Ayuso Torres —«Pérdida temporal de la Unidad Católica»—, destacó la novedad de las Jornadas por significar una auténtica, clara y definida *celebración* de la Unidad Católica sin igual en todo el panorama actual español, a diferencia del *recuerdo* oficial (cultural) efectuado en los ámbitos eclesiásticos, recuerdo que supone un repliegue y soslayar la raíz vertebral de la Conmemoración. Graves fueron sus palabras al indicar que parecía como si el triste designio de cierta jerarquía católica española fuese *liquidar* el ideal de la confesionalidad católica de los poderes civiles.

Lo propio de la política de nuestro siglo, es decir, de la política heredera de la Revolución francesa de 1789, no es el ataque directo a la vivencia personal de la fe, sino el ataque a su plasmación socio-política. En contra del proyecto de reducir la fe al ámbito privado, afirmó que lo político tiene una gran importancia en la proyección social, ilustrándolo con varios ejemplos.

Varios factores se dan cita, hoy, en el camino de la des cristianización: el político, el modelo social y el factor eclesial. El aspecto social supone una intoxicación ideológica (en España sus fases han sido sucesivamente: la autocrítica, el «diálogo», la europeización, la apertura...), y un desarme moral, todo ello facilitado por la considerable elevación del nivel de vida tras los años cincuenta. Todos estos factores actúan en una misma dirección: la des cristianización de la sociedad y de la política. No hay duda de que la confesionalidad católica del Estado español, perdida en 1978, no lo es todo, pero sí puede frenar, retener y retardar la des cristianización social, e incluso hacer posible la reconversión de nuestra patria. Para lograr todo ello, es clara la necesidad de recuperar la predicación de la Fe, la Salvación y la Vida Eterna.

Angel Garralda —«¿Por qué hemos venido a Toledo?»— glosó la pastoral del Cardenal Primado de España sobre el Concilio de Toledo. Aceptó el reto de Juan Pablo II de «no renunciar a nuestra identidad histórica», y el de Pablo VI de «no perder el tesoro de la Unidad Católica».

Ahora —indicó— nuestro objetivo inmediato es que los cristianos vueltos a la gentilidad se conviertan y se haga realidad la

Unidad Católica. Ello, porque... «¡si aquí (en Toledo) no se crea nada!». Y «porque nos parece un deseo muy legítimo el rezar para que se conviertan a la fe los que gobiernan en España», para que promulguen leyes justas inspiradas en el cristianismo. De lo contrario —añadió— «mucho me temo —y vosotros también— que la próxima generación de España no sepa ni rezar». La mirada en el futuro y no sólo en el pasado. Adelante, porque la historia la han hecho las utopías. De manera que, «cuando a la Iglesia no se la persigue... ¡malo!».

José María Alsina Roca —«El deber actual para un futuro católico de España»— partió de la evidencia de que ante la Verdad no somos «raros» en la Iglesia; los «raros» serían quienes no reconocen y defienden a Cristo Rey. La «esperanza por la Unidad Católica de España y el mundo» es un don divino como lo ha reconocido Juan Pablo II y los cardenales don Marcelo y don Angel Suñía; y como tal don, no lo podemos disipar. Además, «aquel Bien (la Unidad Católica) continúa siendo nuestro Bien, Esperanza e Identidad»; «cuando más se niegue a Cristo en los Estados, más hay que levantar la voz en defensa de Cristo» (glosa a Pío XI).

El momento es grave, porque, conforme a su naturaleza, «el poder político no es neutro ante el hecho religioso: o lo protege o lo sojuzga». Por otro lado, el Primado de Alemania ha llegado a afirmar —lo que todavía no ocurre en España— que «hoy, en Alemania, se ha interrumpido la transmisión de las convicciones religiosas».

Existen tres fechas históricas que jalonan el sentido de la Historia: 589, III Concilio de Toledo; 1689, las Revelaciones del Sagrado Corazón de Jesús a Santa Margarita María de Alacoque en Paray-le-Monial («Yo reinaré a pesar de mis enemigos y de todos los que quieran oponerse»), y 1789 con la Revolución francesa y la consiguiente pérdida de la Cristiandad y del Reino de Cristo en las realidades temporales. La Esperanza nos enseña que «un día España volverá a recobrar su unidad católica», tal como Jesucristo se lo prometió al Venerable Padre Bernardo Hoyos («Reinaré en España con más devoción que en otras partes»).

¿Nuestros medios?: 1.º) Predicar la Unidad Católica, sin consentir aquel planteamiento según el cual esta predicación se debería soslayar en atención a que la Iglesia-Cristiandad habría sido sustituida por la Iglesia-Misión, lo cual —dicen— justificaría el pluralismo. Sin embargo, la incongruencia de esta posición es patente porque pone en duda la misma misión de la Iglesia. 2.º) Formación religiosa y en el ser de España. 3.º) Acción pública:

velar por las costumbres que todavía se conserven católicas; que nuestro testimonio público impida que otros pierdan la Fe por nuestras omisiones; y cristianizar las familias.

El orador recordó aquella máxima de San Agustín, siempre vigente: «Callas cuando dejas de amar»; y un bello y esperanzado poema de Jacinto Verdaguer, cuyos versos finales se expresan de la manera siguiente: «Sí, su Reino será el mundo / pero su trono, España».

Julián Gil de Sagredo —«El Estado confesional y los obispos españoles»— glosó la Pastoral de Monseñor Guerra Campos relativa a la confesionalidad católica del poder civil. La doctrina es clara: el orden político debe estar subordinado al jurídico, y éste al moral; por su parte, el orden moral exige el culto a Dios en la persona, sociedad y el Estado. Sin embargo, *el hecho* actual es que lo político prevalezca sobre lo jurídico, y esto sobre lo moral; es decir, se entroniza la antigua doctrina de la «Razón de Estado» de Nicolás de Maquiavelo.

Los obispos en España diluyen la doctrina católica al no poderla atacar frontalmente; sus pastorales contienen claros errores sobre la Democracia (indiferentismo moral y religioso del Estado, el pueblo y no Dios como origen de la Justicia y la Autoridad), sobre el Estado (laicismo), la Sociedad y la Iglesia. El teocentrismo ha sido suplantado por el antropocentrismo, y la sociedad está abierta al libertinaje. Del catolicismo (tolerar lo que no se puede impedir) se ha pasado al «catolicismo-liberal» (autorizar el mal que no se llega a impedir). No; la confesionalidad y la Unidad Católica no están fuera de lugar y del tiempo en que vivimos. Son válidas para la España de 1989 a pesar del «cambio» y de las nuevas formas de vida social. Hoy, la auténtica intervención de la Iglesia en el campo político se debería plasmar en una denuncia de los graves abusos del Estado, corruptor de la Ley.

Lo que ha ocurrido tenía que pasar, pues el pensamiento y la acción episcopales no podían andar separados por mucho tiempo. Comenzaron por mostrarse despectivos con el pasado (a quienes lo apreciaban se les denominó «nostálgicos»), se despreció los valores perennes de la Tradición, creyeron en el relativismo y la condescendencia, cayeron en un devenir necesario e irreversible (evolucionismo histórico), y se deslizaron hacia la sociedad liberal que autoriza el libertinaje. De ahí se ha llegado a la heterodoxia, al laicismo estatal.

Conclusión: hay que *reaccionar* y no dejarse bloquear por la Revolución intelectual. Debemos evitar la insensibilidad de

nuestra mente, que nos arrastrará al escepticismo (laicismo). Es decir, hay que *reaccionar* contra ciertas pastorales «que desvirtúan la orientación católica en nuestra Patria».

Términos claros y contundentes, profundizados en el coloquio posterior. Un ejemplo me rasgó el alma y me hizo ver la gravedad de nuestra situación: en la Inglaterra posterior al Cisma anglicano fueron obispos quienes impidieron la reacción católica de los fieles, y les condujeron a la consumación del Cisma respecto a la Iglesia católica. Mi personal alarma —añado— ¿será la de un «espíritu débil»?

Manuel de Santa Cruz, que no pudo asistir por estar convaleciente (lo mismo que Salvador Ferrando), escribió tres breves ponencias que se pueden resumir de la forma siguiente: 1.<sup>a</sup> Financiación de la Reconquista. Orientar las limosnas y donativos a unas necesidades más urgentes que la beneficencia —de la que otros se ocuparán—, como es la reconquista de la Unidad Católica. 2.<sup>a</sup> El apostolado de la Prensa. Formar una escuela de periodistas, como hace varias décadas y con sabias perspectivas instrumentales hizo «El Debate» al adelantarse a la futura carrera de periodismo. Hacer hincapié en el estudio de la Doctrina, que debe prevalecer sobre las sabias intuiciones personales. Mantener la existencia de muchas publicaciones pequeñas pero conseguir una de gran calibre (metáfora de que, en la defensa y propaganda de la Verdad y el Bien, son igualmente eficaces la «nube de mosquitos» que la avalancha de elefantes). 3.<sup>a</sup> Las sectas. No debemos transigir en colaboraciones y amabilidades con ellas; debemos crear espacios contra las sectas en las revistas católicas; y trabajar contra el «claroscuro» de las sectas de «mentira a medias». Esta lucha es hoy esencial para reconstruir la España católica.

Estas exposiciones finalizaron con la conferencia de Antonio Martín Puerta —«Reconquista de la Unidad Católica»—. Para este orador, la Unidad Católica es el «estado natural», de manera que tras la Restauración se volverá a la Unidad de la Cristiandad. Los males de nuestros días son patentes: «el error por axioma» y «la exaltación permanente de lo malo». Estos males, es decir, «el mal de nuestros días, proviene de la Revolución de 1789», que se encuentra en todo su apogeo, sin que se vislumbre su final, a diferencia de lo que ocurre con la desaparición del comunismo, inesperado hacía diez años. Debido a que nada son doscientos años en la historia del cristianismo, y a que las consecuencias de la Revolución francesa sólo han afectado a unos pocos países, no es lógica la posición de aquellos que ceden la

Unidad Católica y la confesionalidad católica del Estado con el objeto de ser admitidos en el mundo moderno para evitar así la persecución. No es cierto que todo lo sucedido tras la Revolución liberal sea definitivo y que sólo sea posible contemporizar con ello.

A continuación rebatió, con razones históricas y filosóficas, varias afirmaciones erróneas de quienes rechazan la Unidad Católica, así como la falsedad de la denominada «moral pública» o cívica, clavo ardiendo al que se agarran los aconfesionales para evitar la descomposición de la sociedad. Descomposición inevitable porque «la verdad es única y el error múltiple»; es decir, por un lado unidad y unidad en la Verdad, frente a la disgregación y disgregación en el error por otro.

El término final de la pérdida de la Unidad Católica sería la pérdida de toda institución confesional. Es más, «donde no se apoya al catolicismo en las leyes, se termina persiguiéndole».

En conclusión, estamos en una decisiva «batalla de las ideas, sin dar nada, absolutamente, por perdido», a pesar de la «apostasía general» a que asistimos en España. La Esperanza pasó a un primer plano cuando el orador aseguró a los revolucionarios: «ganaréis batallas, pero perderéis la guerra».

¿Nuestros objetivos?: 1.º Esforzarse por remover las antiguas ideas. 2.º Luchar contra las interpretaciones erróneas surgidas sobre y a partir del Concilio Vaticano II, tras el cual se cambia la dirección en la Iglesia al sugerirse la desaparición de los Estados católicos. Con una interpretación recta y exigente del Concilio no tendríamos un Hans Küng, Leonardo Boff, etc. 3.º Extraer de dicho Concilio el máximo provecho posible (condena de la teología de la liberación, del liberalismo, del falso ecumenismo, etc.), para lo cual conviene diferenciar la parte dogmática de la pastoral; si es malo que de ambas esta última sea la que se haya impuesto, lo peor es que esto se haya efectuado conforme a interpretaciones nada ortodoxas. 4.º Aprovechar lo mucho bueno que todavía está vigente, producto de siglos, etc.

Ahora bien: ¿es posible el Estado católico en contra de la opinión mayoritaria de la actual jerarquía eclesiástica española? ¿Es posible cuando la sociedad mayoritariamente no vive en católico? Los problemas están a la vista, por lo que es preciso que la Iglesia jerárquica cambie de dirección y la sociedad vuelva a vivir en católico. La meta es el Estado católico para que así se cumpla el «Venga a nosotros tu Reino».

Esta es nuestra guía para comprender lo esencial de la inteligencia y el espíritu de las Jornadas de Toledo, celebradas con



JOSE FERMIN GARRALDA ARIZCUN

el lema: «Instaurare omnia in Christo», bajo el manto de la Virgen del Pilar, «Roca de nuestra fe».

\* \* \*

Nuestros hijos y nietos no podrán reprocharnos jamás que el XIV Centenario de la Unidad Católica no haya sido debidamente *celebrado* y conmemorado con júbilo. No es cuestión de integrista, sino de integridad; ni de apasionamiento temporal, sino de fidelidad tanto a la Fe católica como a la práctica política tradicional católica y española.